



### XIII

**N**ADIE me aventaja, absolutamente nadie, en admirar aquellos tiempos en que un español, San Isidoro, salvaba con su ciencia universal la urna funeraria de la civilización antigua, y más tarde otro español, Alfonso X, levantaba el primer Código con que se honra la Edad Media; aquellos tiempos en que nuestros poetas pulsaban armoniosa lira y nuestro teatro era el primer teatro del mundo; en que á la luz de las últimas pavesas de los siglos pasados escribía un manco inmortal el poema de los siglos futuros; en que nuestros pintores trazaban aquellas Vírgenes de Murillo, idealización de la naturaleza humana iluminada

por la luz de los cielos; aquellos cuadros de Velázquez, copia fiel de la realidad de la vida; en que nuestros teólogos llenaban el Concilio de Trento y nuestros sabios la Universidad de París; en que nuestros navegantes, guiados por la estrella de su genio, subyugaban las olas, doblaban el Cabo de las Tormentas, unían el Asia, el mundo de los recuerdos, á Europa, el mundo de las ideas; en que, á la voz mágica de España, surgía del seno ignorado del Océano un nuevo mundo tan puro y luminoso como la creación en los primeros instantes de su inmaculada vida; en que nuestros soldados, conducidos por su fe, escribían aquel poema cuyas páginas se llamaban Covadonga, Simancas, Clavijo, las Navas, Tarifa, Granada, y convertían en ciudades españolas Nápoles, Palermo, Milán, y sostenían en el Monte Tauro y en el Etna el vacilante imperio de Oriente, y salvaban la Hungría, y entraban vencedores en Atenas, y amenazaban á Inglaterra, y vencían á Francia, y subyugaban los Países Bajos, y apagaban en las aguas de Lepanto la soberbia media luna, y herían con sus espadas el suelo de África, y convertían al cristianismo

la América; aquellos tiempos en que nuestras huestes, como llevadas en alas del huracán, llenaban á un tiempo todos los campos de batalla, y nuestro imperio era más maravilloso que el imperio de Alejandro, y nuestras conquistas más grandes que las conquistas romanas, y el sol se veía condenado á iluminar eternamente nuestros dominios, y donde quiera que el mar se removía siempre encontraba costas españolas; que era estrecha la tierra á nuestra gloria, pequeña para encerrar nuestro inmenso espíritu.

(De sus conferencias *La Civilización de los cinco primeros siglos del Cristianismo*. Tomo IV, pág. 62. 1858-62)